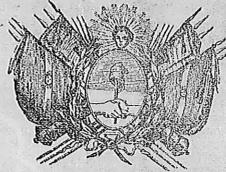


SALE
TODOS LOS DIAS
CON ESCOPEJOS
de los siguientes
á los
DE FIESTA.

EL NACIONAL



ARGENTINO.

PRECIO DE SUSCRICION.
DOCE REALES MENSUALES,
QUINCE PESOS
anuales
PAGADOS ADELANTADOS.

Defendamos la Ley Federal jurada: sin traidores los que la combaten

PARTE OFICIAL.

DEPARTAMENTO DE HACIENDA.

ADMINISTRACION DE RENTAS DEL URUGUAY.

Abril de 1859.

Estado que manifiesta los ingresos, egresos y existencias de Rentas Nacionales que ha tenido esta caja en el presente mes.

Table with columns: CARGO, DATA, and numerical values. It lists various financial transactions and balances for the month of April 1859.

Administración de Rentas del Uruguay, Abril 30 de 1859.

V. O. B.º

Francisco de la Torre.

Juan E. Mason.

Hacienda—Paraná, Mayo 16 de 1859.

Publíquese—BIBVOYA.

Prensa Nacional.

Comparaciones.

Tenemos á la vista los discursos con que se han abierto las Cámaras en la Confederación Argentina y la Provincia de Buenos Aires, y no podemos menos que indignarnos al hacer una triste comparación entre ambos documentos.

dos los días nuestros enemigos al Gobierno recto y patriota de la Confederación, no tendríamos mas que presentar á la consideración de las naciones civilizadas, esos dos documentos, que revelan las ideas y la marcha tan distinta de ambos gobiernos.

La guerra, necesidad dolorosa para el Gobierno de la Confederación, es aceptada y proclamada con alegría por ese infame Gobierno que parece correr en su discurso el deseo de ver volver cuanto antes, la sangre de hermanos. Y con palabras quejoteseas y teatrales mandamientos del siglo de los caballeros andantes que de el nuestro, incita á sus pueblos á proclamar con desición sus ideas, que reciben con silencio y desprecio.

Y en efecto, mientras que la Confederación ha sido bastante una palabra de su noble y digno jefe, para que los pueblos se agrupen entusiastas y decididos en su lado; para defender la integridad nacional, el Gobierno de Buenos Aires ha tenido que recurrir á las proclamas á los decretos de violación de los derechos de los ciudadanos, á la fuerza bruta de las bayonetas, y á la miserable influencia del oro, para reunir un paño de hombres débiles y mercenarios que sirvan de comparsa en la ridícula comedia que representan.

Hay están sus diarios, hay está esa

prensa procaz y desenfrenada, plagada de insultos y llena de decretos incitando al odio y á las venganzas é insultando á ciudadanos virtuosos y respetables.

Se titula sin embargo ese gobierno, el gobierno de la libertad y las instituciones, grita contra la tiranía y el despotismo de el de la Confederación, y entretanto sus cárceles están llenas de ciudadanos presos por supuestos delitos políticos, y otros patriotas y respetables, vagan lejos de sus hogares, por librarse de sus infamias y sus maldades.

Y la Confederación feliz y próspera estrecha en sus brazos á todos sus hijos, y renuncia de hecho á las prisiones y destierros por delitos políticos. Infinidad de enemigos pululan en sus pueblos y ciudades, trabajando y maquinando contra su recto y paternal gobierno, que se contenta tan solo fiado en abandonarlos al desprecio de la opinión que los rechaza, y los señala con su dedo severo é imparcial.

Y la prensa libre, y cada uno puede emitir sus ideas por ella sin estar expuesto á ser condenado, por un juicio, consulto y parcial conuen Buenos Aires á los trabajos públicos, á seis meses de prisión ó á una fuerte multa.

Añexas dedicciones podíamos hacer de la comparación de esos dos tan distintos documentos, pero la opinión de

los pueblos está formada ya, y no queremos anticiparnos al fallo de la justicia pronta ya á castigar los crímenes de nuestros adversarios.

Ellos mismos hacen su apología, ellos mismos hacen resaltar á cada momento en sus escritos y en sus hechos, la notable diferencia que existe entre sus hombres y los nuestros. La diferencia notable entre la causa justa y noble de los pueblos confederados, y la tiranía y mezquindad de su partido que tiene que recurrir á la intriga y la fuerza para dominar y despotizar esa desgraciada provincia.

La justicia será pronta y severa, no lo dudamos, haciendo desaparecer de la escena pública á esos hombres funestos, y volviendo á la patria de los argentinos, ese pedazo querido de su bandera.

Así será, como nos lo prometen las bellas y sentidas palabras, de nuestro respetable y patriota Vice Presidente al abrir las Cámaras Legislativas.

Arrojado por la mas baja conspiración del servicio de su país, Lord Dundonald se encontró en el año de 1817 sin empleo. Su reputación como marino era sin embargo tal, que otros países comenzaron á poner en él sus esperanzas considerándolo como su defensor y salvador. Se le ofreció por conducto del embajador español residente en Londres, una posición bastante elevada en el servicio naval de la España, pero rehusó la oferta. Al rehusarla no tuvo otro intento que quedar en opción de aceptar igual propuesta de una de las colonias españolas de Sud América, que á la sazón se hallaban en un estado de ruina y se peleaban por el poder de la independencia. La revolución de los colonos españoles y portugueses fué la consecuencia natural de las calamidades que afligían á la Península mientras Napoleón se empeñaba por conquistarla. Negaron fidelidad á la autoridad usurpada de la dinastía napoleónica; y preparándose luego con la idea de su independencia, desearon haber gustado los placeres del gobierno propio, existiendo en su libertad aun después del aniquilamiento de la dinastía napoleónica, y cuando ya la España y el Portugal tenían de regreso á sus legítimos soberanos. Entre estas colonias, Chile ocupaba un lugar prominente y, en la época en que Lord Dundonald renunció la propuesta que se le hacía para que aceptase el cargo de almirante español, peleaba su ejército de tierra con bastante éxito, aun que por nar estaba muy lejos de obtener igual éxito en órden á asegurar su independencia. Y en verdad que ni por tierra era segura la posición de Chile. Los españoles habían entablado relaciones amistosas con los indios que, por intereses de chaquiras y otros sobornos, hacían una guerra horrible en la frontera de Chile, cometiendo atrocidades que solo podían ofrecerse á la imaginación de los salvajes, si bien es verdad que una terrible experiencia propia nos ha podido dar ya á conocer esos hechos hasta en sus detalles. Ademas, las juntas de los patriotas no eran por cierto de las mas sabias; ni los caudillos de la revolución eran tampoco hombres que podían llamarse buenos y puros. Acosados, pues, en su frontera, indios y discordes en sus juntas, y bloqueados en sus puertos, los chilenos esperaban que Dundonald hiciera por ellos lo que ellos mismos no podían conseguir. Le pidieron que les organizase una marina, que la mandase y que lanzase fuera del país á los españoles; á todo lo cual consintió sin demora, con tal que se le diera poco á los hombres con quienes tenía que lidiar; hombres cuyas ambiciones privadas eran capaces de extinguir en un momento todo su espíritu público; hombres ignorantes de los primeros principios no solo de economía política sino de todo lo que requiere un recto proceder; hombres serviles en el ofrecimiento de sus cohechos y tacaños en el pago de sus deudas; hombres, finalmente, cuya carrera y carácter como almirante solo resumirse en este solo hecho—cuando Lord Dundonald, por instrucciones de ellos mismos, se empeñó en el bloqueo del Callao, y tenía ya la granjación de Lima á punto de perecer de hambre, ellos secretamente remitían trigo para que se vendiese á la granjería bloqueada con un provecho de 100 por ciento. Todo eso vino á saberse después. En el momento del ardor de los chilenos por su patriotismo no conocían límites, y Lord Dundonald contemplaba su entusiasmo lleno de placer. Llegó á Valparaíso en noviembre de 1818, fué recibido por el Supremo Director y todas las clases del pueblo con vivas y entusiastas manifestaciones, fué inmediatamente nombrado comandante en jefe de la marina, y tan admirado fué y agasajado, que hubo de considerar á Chile desde luego como su patria futura. Hé aquí por fin la tierra feliz; hé aquí la idea de otro q' habían soñado los poetas; hé aquí el lugar donde le era dado descansar y olvidar las injusticias de que fuera víctima en una sociedad sofisticada. Solamente, para conseguir todos estos bienes tenía primero que trabajar—era menester conquistar la libertad del país. Y para efectuarlo, no contaba con mas escuadra que la compuesta de tres fragatas y otras tantas corbetas, tripuladas por chilenos tan su mayor parte, aunque sus oficiales eran en bastante número ingleses y americanos. Mas adelante veremos los hechos que causó en algunos de estos últimos la elevación de Lord Dundonald al mando en jefe de la escuadra.

El primer servicio que el rehabilitado almirante emprendió fué en el Callao donde se hallaban reunidas en la bahía dos fragatas, una corbeta, tres bergantines de guerra, una goleta, veinte y ocho lanchas cañoneras y seis buques mercantes bien armados, formados todos de las baterías que formaban un número de 160 cañones, más, finalmente, mientras que la fuerza unida de los buques constaba de 350 cañones. Sañó de Valparaíso tan solo cuatro buques de su escuadra y concibió el plan de apoderarse de las fragatas durante el carnaval que terminó el 23 de febrero de 1819. En esta su primera expedición fué cuando adquirió el título de El Diablo por toda la costa del Perú.

LORD COCHRANE.

En el Times de 13 de enero último se ha publicado en Londres una revista bibliográfica sobre una obra escrita recientemente por Lord Cochrane, en que este veterano hace una narración de sus servicios en favor de la independencia de Chile del Perú y del Brasil. Nosotros hemos traducido íntegro ese artículo, y absteniéndonos por ahora de hacer comentario alguno sobre los cargos que en él se dirijen contra Chile, lo damos á nuestros lectores persuadidos de que merecerá la atención de todo chileno.—Dice así:

LORD DUNDONALD EN SUR AMERICA (I)

La suerte de Lord Dundonald ha sido bastante singular, y algun día suministrará importante materia no solo al novelista, mas tambien al historiador. El ha servido sucesivamente en las tres marinas de la Gran Bretaña, de Chile y del Brasil, ejecutando en cada una de ellas, con los mas limitados recursos, las mas extraordinarias hazañas, hechos que le han valido ser considerado como igual á Nelson en su valor, ya que no en su genio. Y no obstante, de todas ha sido ignominiosamente é injustamente despedido, ó si en rigor no lo ha sido en algun caso, se ha visto si compelido á renunciar. Por fin, despues de haber sido arrojado de estas tres marinas, despues de haberse robado sus honores y entrapandose sus sueldos, ha conseguido en su ancianidad vindicar su carácter, ha podido restituir su rango obtenido el restablecimiento de su honor, y si bien es verdad que aun no le ha sido posible hacer valer sus pérdidas, ha logrado al menos, mediante esos dos volúmenes, presentar su causa á la faz del mundo con tal claridad, que los hombres de provido no podrán menos que reconocer la justicia de sus reclamaciones. Muy natural era que semejante hombre deseara escribir sus propias memorias y dar por sí propio cuenta de los actos que han sido para él origen de innumerales pesares. Se ha determinado, pues, á narrar la historia de su carrera en la marina británica, en la confederación de Chile, del Perú y del Brasil, y finalmente, en lo que tiene relacion con la independencia de la Grecia.

La parte media de esa historia es la que se refiere á sus aventuras en Sur América, que le ha sido anteriormente publicada con el fin de procurar, de los gobiernos de Chile, y del Brasil alguna satisfacción por sus pérdidas pecuniarias. En tanto que los voluntarios tienen este fin especial, segun el punto de vista de Lord Dundonald, ellos encierran sobrado interés para todos nosotros, pues que son la historia de acontecimientos que abrieron un campo inmenso al comercio británico y que dan no poca gloria á uno de los menos distinguidos almirantes británicos. La narración de este bravo marino es en todo tan interesante—clara como el agua de una pica, segura como un cañon y cierta en sus golpes; y para no andar con rolesos, á la mentira la llama mentira, y al ladrón le llama ladrón. Sin embargo, para los hombres no de mar que no quieren ver en las desgracias sobre el mar, un serio objeto de vista, la narración de ser ocupamos tiene el perdonable defecto de ser algo digresiva, como lo son las de todos los marineros: procedo del verdadero procedimiento de hacer, cuando los vientos están de frente, ya por la derecha, ya por la izquierda, ya siguiendo hacia adelante, ya volviendo para atrás. Pero esto queda debidamente compensado con ese vigor de asercion que parece nacer del mal tiempo y del agua salada. Como quiera que sea, haya falta ó no en estos volúmenes, ellos por su importante contenido, merecen las digresiones.

(V) Narración de servicios en la independencia de Chile, del Perú y del Brasil, de la Armada española y portuguesa, de este bravo marino es en todo tan interesante como el de su compañero de guerra, el capitán de la Flota, por el Sr. Pizarro, 2 vol. 1.ª ed. de 1819.

priales quedaron sobrecogidos en un saluda- ble terror a vista de la escuadra chilena, y el efecto moral fué equivalente a un gran su- miento de fuerza. Una ocasión hubo en que el buque del almirante sostuvo la acción con toda la flota española que, no obstante de ser cuatro veces superior en fuerza a la de Lord Dunderdonald (sin contar para nada los buques cañoneros), no se atrevió a salir de la rada en perseguimiento de sus audaces agresores. A tal punto llegó el desaliento de los espa- ñoles en esta prueba de sus fuerzas, que después de terminada la acción, desmayaron, tan pronto como los españoles se retiraron de la guerra y fororaron con sus mástiles y las perchas una doble cadena que colocaron de un lado a otro del anclaje para evitar la aproxima- ción del enemigo. De este modo, pues, cambió de un golpe el aspecto de la guerra. Los chilenos, que al principio habían estado bloqueados, no solamente quedaron libres de esta asediada y en aptitud de recorrer la costa con perfecta seguridad, sino que lograron cambiar completamente la posición, sometido a su vez a lo españoles a todos los rigores del bloqueo, y atacado al enemigo en un buque- te que se reputaba hasta entonces como in- violable. Al ejército de desembarco se le abasteció mediante los cañones reusos, con que contaba Lord Dunderdonald hasta cierto punto fué auxi- liado por el conocimiento previo que tenía del enemigo, adquirido en la costa de Espa- ña. Todos recordarán el extraordinario valor y habilidad con que exploró el *Gamo*, hallan- dose a la cabeza del mando del *Speedy*, que apenas tenía en el número de cañones, pero que había en la fragata española, pero lo que todos no sabrán es el ofrecido que el joven héroe hizo en esa ocasión al infortunado comandante del *Gamo*, escribi- do que el Don aceptó como un elogio con encantadora simplicidad. "Don ha defendido su buque como un verdadero español." El es- crito que pudo aceptar este testimonio con un elogio, era idéntico al que [cualquiera] Lord Dunderdonald había desembarcado en la costa del Perú y retirándose a sus buques con una cantidad de ganado que se los tomó a los españoles, y indujo al virrey en el acto a redactar un brillante despacho con motivo de "haber arrojado al mar al enemigo." El objeto de Lord Dunderdonald al desembarcar, no era tan solo el de obtener provisiones, sino también el de conocer los sentimientos de los peruanos.

Estos sentimientos se manifestaron casi uniformemente en favor de la cooperación de Chile por su independencia. Sin embargo no era posible en esta expedición efectuar el fin propuesto, porque los medios eran limitados, y porque la expedición en una palabra, se agotó por sí misma, y no contaban sino con el botín. Un tesoro considerable se tomó a los españoles, y a no haber sido por este re- curso, todo habría fracasado precisamente, puesto que de Chile no se recibía auxilio nin- guno. El Gobierno de Chile vio con júbilo el éxito de esta expedición, y se apresuró a pensar que podía mantenerse sin gusto de su parte. Lord Dunderdonald, con todo, se hallaba muy distante de estar satisfecho con este estado de cosas, y con tiempo volvió a Valparaíso en el mes de junio a organizar una fuerza más efectiva, prometiendo renunciar toda la parte que le tocaba en la presa, con tal que se aprobara en la marina, para lo que había de operar de Chile en la guerra.

El 12 de setiembre de 1819 emprendió una segunda salida con nueve buques, dos de los cuales debían disponerse después para que sir- vieran de brulotes; pero, apesar de la grande ostentación que hizo el Gobierno de Chile en sus preparaciones, todo lo perteneciente a la escuadra estaba en la más precaria condición. En cuanto a los cohetes que tanto necesitaba Lord Dunderdonald, la operación de llenar los tubos se confió por pura miseria a los prisioneros españoles, que aprovecharon toda oportunidad de echar puñales de arena, de aserraduras, de basuras, de trecho en trecho, o bien mezcla- ron la materia española con los ingredientes neutralizadores, a fin de que se apagase prontamente en caso de que prendiera. Por otra parte, las tropas de Lord Dunderdonald sólo fueron combatedas, ó si algunas le dieron, fueron solo 90 hombres, de los que había ochos de atacados, y de una escuadra de 100 buques se hizo jeneral en toda la escuadra. El ejército era perverso, las herramientas de las más ordina- rias, faltando hasta una hebra en varios de los buques. No había oficiales suficientes, yendo- dose obligado Lord Dunderdonald a obrar en su buque como almirante, como capitán y como teniente, precisado a turnarse también en los guardias. El capitán del buque no tenía la menor idea de su oficio, y en distintas ocasio- nes, el diablo tenía que quitarse su casaca para componer las bombas con sus propias manos, aparte de los trabajos de herrero que se venía obligado a desempeñar de vez en cuando. La consecuencia de todo esto fué que los buques que de la escuadra quedaban en el estado más lamentable, naufragando uno de ellos y barando el otro sobre un banco de léngamo como el único medio de fondo del mar. Si tales son las faltas que nos vemos en la necesidad de recordar, casi no parece neces- sario agregar que la flota no tenía provisiones, y que solo se sostenía con los auxilios que el proporcional botín. Tengamos también presente que algunos de los capitanes eran desafiados a Lord Dunderdonald y que; tan pronto como fracasó la expedición, a consecuencia de la mala calidad de los cohetes, se apresura- ron en volverse a Valparaíso para comunicarse a las fatales nuevas.

Empero, el almirante profirió en esta ocasio- ne que era verdaderamente el diablo y que no era con él con quien, podría tenerse las cosas desahucadas. Sabía que los chilenos eran unos hombres imposibles, y por eso envió a sus amigos desahucados, y por des- dantes de volverse, como lo le tema determino un imposible que debía de pasar a los chi- lenos y cambiar así la corriente de la opinión en favor suyo. —Abandonó secretamente la costa del Perú, y con solo su buque se dirigió

a Valdivia, que es el extremo Sur de Chile, en que en esos entonces se juzgaba insuperable, se hallaba en poder de los espa- ñoles. Las fortificaciones se encuentran colocadas a uno y otro lado de un canal cuya anchura es de tres cuartos de milla, y domi- nado por el alto castaño y el alto castaño que encierra la ciudad, cruzando sus fuegos de la parte que tomando la guarnición las debidas precauciones, era imposible que entrase ningún buque sin sufrir horriblemente, no pudiendo permanecer tampoco anclado por- que las baterías eran tan altas. Como las baterías son casi inaccesibles en razón de la altura, la serie pues de quince fuertes en ma- no de una hábil guarnición debía de hacer el lugar punto menos que insuperable.

Lord Dunderdonald se aproximó al principio con bandera falsa, torciendo la manobra de que naraba de llegar de Coahuil, que necesitaba un piloto. Se le dijo que enviara un bote por un piloto, y el replied con lástima que todos sus botes habían sido arrelatados por los olas en el paso de Cabo de Hornos; pero desgra- ciadamente para el crédito de su palabra, uno de los botes que habían sido cuidadosamente guardados bajo el solvato de su buque, que se llegó a ver, por el cual se vio un punto de manifiesto su desgracia. Ya no quedaba más remedio que pelear, y Lord Dunderdonald, a la cabeza de su pequeña ban- da, tomó por asalto los fuertes de uno en uno, y no desahucó hasta que no se puso en posesión de todos con todo su botín, el resultado fué grande. Le admitieron en el puerto de un valor inapreciable para Chile. "La anexión de esta provincia," dice Lord Dunderdonald, "fue a Chile de un golpe completa independencia, haciendo desaparecer la necesi- dad de armar una poderosa expedición mili- tar para la consecución de ese objeto, vital- mente esencial para su existencia como esta- do independiente; porque, en tanto que Val- divia permaneciera en poder de los españoles, Chile quedaría, en sus momentos de descañon, en constante peligro de perder las libertades que solo en parte tema adquirir." En fin, con solo un buque en condición tan mala, que siempre se veía obligado a quedarse atrás, la flota ejecutó lo que parecía exigir una expedi- ción de guerra, y desembarcó de mas de un millón de pesos. El éxito de su empresa fué celebrado con grandes aclamaciones por el pueblo de Chile; pero el Ministro de Ma- rina cuyos ordenes había infringido Lord Dunderdonald, declaró que la conquista de Valdivia era obra de un loco que había merecido que se le ahorcara, y se le desahucó por su tentativa, y con un celo que no se le podía reprochar, se le repro- chó el delito de haber atacado semejante lugar sin instrucciones. Hí aquí que comien- zan sus padecimientos y temores. Desde ese día Lord Dunderdonald ya no gozó de paz. Se le contrarió en todo; se le insultó; se le obligó a renunciar; se le aduló y halagó para que se retirara, se le desahucó de mas de un millón de pesos, y de un momento se le vio abandonar su lugar en seguida. El mayor de sus apuros era ver que no se pagaban los suel- dos a la escuadra, ni la parte que les tocaba de las presas, razón por la cual, teniendo que proveer por sí mismo a sus necesidades, pronto comenzó a sufrir deserciones considerables.

Lord Dunderdonald organizó una nueva expedi- ción que debía zarpar para el Callao, la que había de ser de acuerdo con las fuerzas es- pañolas por el general San Martín, que re- presentaba en el gobierno de Chile la fuerca que le hacía oposición a Lord Dunderdonald. El gallardo almirante presentó a su colega mili- tar como el monstruo más estroñador; de- claró que era un monstruo, se le desahucó de mas de un millón de pesos, y se le reprochó el delito de haber atacado semejante lugar sin instrucciones. Hí aquí que comien- zan sus padecimientos y temores. Desde ese día Lord Dunderdonald ya no gozó de paz. Se le contrarió en todo; se le insultó; se le obligó a renunciar; se le aduló y halagó para que se retirara, se le desahucó de mas de un millón de pesos, y de un momento se le vio abandonar su lugar en seguida. El mayor de sus apuros era ver que no se pagaban los suel- dos a la escuadra, ni la parte que les tocaba de las presas, razón por la cual, teniendo que proveer por sí mismo a sus necesidades, pronto comenzó a sufrir deserciones considerables.

Lord Dunderdonald organizó una nueva expedi- ción que debía zarpar para el Callao, la que había de ser de acuerdo con las fuerzas es- pañolas por el general San Martín, que re- presentaba en el gobierno de Chile la fuerca que le hacía oposición a Lord Dunderdonald. El gallardo almirante presentó a su colega mili- tar como el monstruo más estroñador; de- claró que era un monstruo, se le desahucó de mas de un millón de pesos, y se le reprochó el delito de haber atacado semejante lugar sin instrucciones. Hí aquí que comien- zan sus padecimientos y temores. Desde ese día Lord Dunderdonald ya no gozó de paz. Se le contrarió en todo; se le insultó; se le obligó a renunciar; se le aduló y halagó para que se retirara, se le desahucó de mas de un millón de pesos, y de un momento se le vio abandonar su lugar en seguida. El mayor de sus apuros era ver que no se pagaban los suel- dos a la escuadra, ni la parte que les tocaba de las presas, razón por la cual, teniendo que proveer por sí mismo a sus necesidades, pronto comenzó a sufrir deserciones considerables.

buque se estrellase por momentos y seguros- te un presa, típiaron sus buques cañone- ros para el ataque. Ellos ignoraban que, antes de colocarse en tan arriesgada situación, el al- mirante había descubierto un canal para su buque, donde en vez de boyas había desparra- mado pequeños pozos de madera invisibles para el enemigo. Necesario fué el cuidado con que en este ataque a la *Esmeralda* hizo sus preparativos y la sagacidad con que previó cualquier evento, son cosas más maravillosas aunque el extraordinario arrojo y valor con que se operaba la empresa cuyo plan hemos ma- nifestado. Necesario fué el secreto con que se operó, conservando en el mayor secreto el ob- jeto de sus preparativos. Y ante todos estos elijó de los varios buques una partida de 160 marineros y 80 soldados de marina, armados con pumiles y haciendo los vestirse de blan- cos con una manteca azul sobre el brazo izquier- do para poder distinguirse en la oscuridad de la noche. A las diez de esa misma noche to- do estaba dispuesto; los hombres fueron coloca- dos en catore botes, y estos formados en dos divisiones, los renos fueron forados en jénero, toda la jente tenía órdenes precisas y sabía lo que iba a hacer; expúndose a todos el silencio más estricto, y previendo desde el uso de otras armas que los pumiles. En esa misma noche cuando la partida se acercó a la pequeña abe- rta de la cadena por donde tenia que entrar, y aquí fué donde casi fracasaron todos por los esfuerzos hechos por la vijilancia de un bote de guardia contra el que desgraciadamente se estrelló Lord Dunderdonald, que era él quien di- rigió el ataque. Entonces, a media voz, anun- ció a los centinelas que serian muertos en el acto si daban la alarma, amenaza que olu- va bien resultado. Solo unos cuantos minutos se necesitaban para que él y todos sus hombres estuviesen en los costados de la fragata arrelatado por todos lados. Los espa- ñoles durmieron, se les despertó por sorpresa, y un cuarto de hora después se había hecho una horrible canchalesca capturándose la fragata. Todas las órdenes habían sido ejecutadas con perfecta precisión. Una partida había sido en- cargada de antemano para tomar posesión de los ministerios.

"Ann no hacía un minuto que estábamos sobre cubierta," dice Lord Dunderdonald, cuando gritó a la costa de tripuque y me, res- pondeo al jénero, dándole igual respuesta por la misma prontitud la cofa misma. Era nin- guno buque de guerra de la marina británica habría prestado la tripulación una atención más exacta a las órdenes recibidas." El bullicio de la pelea pronto despertó a la guar- nición, y los cañones del fuerte comenzaron a desahucar el fuego sobre su propia fragata, pero esta contingencia, había sido prevista también. Había en la bahía dos fragatas perteneciente a la una a los Estados Unidos y la otra a la Gran Bretaña, las cuales, según tener convenido con las autoridades españolas, zaron ciertos buques pesqueros que hacían de señas para indicar que se les hiciera fuego, y se retiró con la presa, que era apoderada de los buques que se hallaban cercanos, dejó limpia la bahía si posible era, y ante todo, cojer el buque en que estaba el tesoro, buque que se encontró pronto para emprender su viaje. Sin embargo, bastante era lo que se había hecho.

(Continuado.)

EL NACIONAL.

Miércoles 25 de Mayo de 1839.



25 DE MAYO.

En el aniversario del año de la Pa- tria, prestamos el oído para escuchar en la memoria los acentos de esa llamada colosal, que levantó a la América, pidiendo a la razón y a la fuerza, la liber- tad de un mundo!

No tenemos necesidad de inclinarnos al sepulcro para despertar a los días de gloria sepultados con las inscripcio- nes heroicas de los pueblos.—No— mientras la palabra Patria sea una verdad, escuchemos en nosotros mismos—y sentiremos al mundo de la indepen- dencia desahucado con banderas desple- gadas al soplo de todas las tempestades, animando pueblos y recorriendo con pasos de gigante, para desahucarse en diez años desde Mejico a Magallanes, la obra de los trescientos años de conquista.

¡Año de la Revolución! que como Dios interno del mundo, sacude la tier- ra americana y excita los volcanes en la cadena de los Andes como telé- fono de insurrección divina para apa- recer como un nuevo Génesis en un nuevo continente creando la atmós- fera de la Libertad para la respiración de una nueva humanidad!—¡De saluda-

mos!—¡Cun! si fuésemos sacerdotes de la ley, nos acercamos al altar, para arran- car una centella de ese fuego prendido por el Prometeo americano y transmisi- mulo como felices herederos a las gene- raciones futuras.

Los pueblos viven de su testamento; cumplirlo es su misión. El testamento de los pueblos es la visión de la ley y del destino que en medio de rayos y centellas, aparece pa- ra cada uno en determinados momentos de la vida. Realizar ese testamento es lo que constituye el deber de cada pueblo. Y cuando ese deber está cum- plido, es porque otra revelación se pre- para, ó porque ha llegado la hora de los funerales de una nación ó de una era.

El mundo Griego realizó su tes- tamento de belleza.—el mundo Hebreo su testamento de terror monoteista.— el mundo Romano su testamento de centralización política.—Y todas esas corrientes fertilizantes de la historia, confundieron sus aguas en el inmenso Océano del amor sin límites, que se llama el Cristianismo. La historia de los pueblos modernos tuvo una bande- ra, y a través de las concepciones di- versas de las razas, de las aplicaciones de ellas, y de los usos de ellas, todas ellas produciendo, el ideal cristia- no, como concepción suprema, como paraíso prometido, ciencia perfecta y organización definitiva.

Pero del mismo modo que la creación desarrolla sus épocas, eslabonando en- tre sí, y superponiendo los diferentes elementos que sucesivamente aparecen, la tierra con sus edades incrustadas en la corteza elaborada por los siglos,—del mismo modo que el Mineral transmite sus leyes al vegetal, movilizándolo puede decir así la Geometría;—del mismo modo que el vegetal transmite sus leyes al animal, animando la vegetación,—del mismo modo que el animal transmite el hombre la ley del Organismo racional, moviendo los instintos,—así también el hombre transmite a las naciones y las naciones a la humanidad, el depósito de la creación, y el testamento de sus ideas y sus hechos, para acrecerse a la realiza- ción del heroísmo respecto a la mona- rquía, de la sabiduría respecto a la in- teligencia, de la caridad respecto al co- razón.—Herencia sublime, deber im- mortal y apocalipsis futuro, que el mundo moderno ha escrito en sus banderas por la mano de la Francia, con estas palabras que son el *alfa* y *omega* de la religión y de la política: LIBERTAD—IGUALDAD—FRATERNIDAD.

Y para nosotros, nuestro testamento apareció también en medio de rayos y centellas, a las orillas de un Jordán que se llama el Plata, y en las cumbres de un Tabor que se llaman los Andes!

¿Y en qué momento!—Cuando la Re- volución del Viejo Mundo, vencida y es- carnecida se arrastraba a los pies del nuevo despotismo que quiso plagiar a Kar- lomagn, cuando ese usurpador pene- tró en España por la puerta de la perfidia, y la España era patria de Sagunto y de Numancia, despertó para acordarse, que la espada del Cid pendía a su cintura, sin contar sus enemigos y sin dejarse magnetizar por el coloso, grito- tando Independencia se lanzó a la lid para arrojar al firmamento de su histo- ria esa estrella que se llama Zaragoza.

Y ese grito, ¡oh providencia de la histo- ria! con identidad de causa despertó en América, que apoderándose del tes- tamento de la Revolución otorgada por el Viejo Mundo, proclamó no solo su personalidad envuelta en los pliegues del manto de la monarquía, sino lo que es más, proclamó la esperanza política de la humanidad constituyendo la Re- pública.

Y fué la epopeya americana cuyo ani- versario celebramos. Proyección de jus- ticia lanzada por el heroísmo. En tal año y en tal día, de las entrañas de un mundo caído, una nueva creación se exhibió,—y las palpitaciones del nuevo coloso que recorría las regiones esclavi- zadas para llamarlas a la vida con la misma audacia que 300 años antes los conquistadores imponían el sello de la monarquía, pusieron en vibración la at- mosfera de la Revolución, y la América fué libre!

¿De dónde venias centella prepotente, que encendías en las ardientes fauces de forjadas a los hombres, gigantescas bombas, y donde antes esclavos, nacio- nes levantadas? ¿De donde venias, sabiduría inmen- samente, que por los labios de la infancia con su ciencia y con sus libros, en su templo a los viejos doctores confundías! ¿De donde venias, iluminación resplandeciente, que como cometa de ben-

dición pasando sobre la frente de la A- ley, nos acercamos al altar, para arran- car una centella de ese fuego prendido por el Prometeo americano y transmisi- mulo como felices herederos a las gene- raciones futuras.

Eras justicia y venias de la fuente de la justicia; Eras libertad y venias de la perso- nalidad divina; Eras la individualidad de un mundo que venia a pedir su lugar en el con- greso de las naciones;

Eras la humanidad que pedía la instal- ción de su gobierno llamado demo- crático! VI. La España grió independencia y quedó monárquica. La América grió independencia, pero continuó la lógica del principio, consagrando esa inde- pendencia en la igualdad de todo hom- bre.—Monarquías de derecho divino ó popular, hereditarias ó electivas; aristocracias de nobleza, de riqueza, de inteligencia, de poder militar ó eclesiástico,—la revolución Americana co- mienzo por negarlas afirmando el go- bierno popular, y reconociendo los de- rechos del hombre y del ciudadano, co- mo las tablas de la nueva ley, que con- templaban a todos los pueblos.

Esclavitud de negros, servidumbre de los indígenas, proletrariado de las mas- sas,—la revolución les toca en su mar- cha, y el negro es libre, el indígena emancipado,—el proletrario soberano. Esclavitud del pensamiento, terror inquisitorial,—encadenamiento de la ciencia.—La revolución es espíritu,— y el espíritu libera, al terror desvanece y a la ciencia entroniza, proclamando la razón independiente.

Industrias anudadas, comercio mono- polizado, costas de ambos océanos ce- rradas a la comunicación del mundo, la revolución vencedora en la tierra, vence en el mar, y las naciones nos derriegan sus tesoros, para fecundizar los nuestros.

Nueva vida, derrama el Prometeo! En el medio colosal de la libertad mo- derna, arroja a manos llenas el espíritu, el oro y el fierro, la ciencia y el amor, la riqueza y el germen de todas las em- presas. Salve, salve, momento divino, testamento Americano, himno subli- me de los padres de la Patria, cuyas es- trofas palpitan, en las victorias de la verdad en batallas y congresos, en cos- tumbres y en ideas, que con la rapidez de la electricidad se encarnaban en los pueblos.

Otra inmensa, obra colosal.—Fué necesario combatir, y la América tuvo ejércitos. Del Orinoco al Plata, una palabra se escuchó,—una esperanza los anima, identidad de causa se profetiza, y en Maipú y Ayacucho los Americanos todos fraternizando en el peligro, fueron recompensados por las emocio- nes divinas de los tiempos heroicos!

La España de retirada en retirada, se concentra en el Perú, arsenal de sus recursos, centro de su fuerza y su prestigio.—Desde allí,—continúa amenazando por Bolivia y Chile a las Provincias Argentinas, por el mar y el Ecuador a Colombia.—Y fué entonces que el pen- samiento de la solidaridad Americana comprendido por la fraternidad de causas y sentimientos, iluminó las inteli- gencias de San Martín y de Bolívar para coronar la Independencia en el Perú.

Organizar un ejército, dividir estraté- gicamente al enemigo, atravesar los An- des, descargarse como un torrente sobre los valles de Chile,—reñer en Chaca- bueco y Maipú, organizar un nuevo Es- tado, crear una escuadra, dominar el Pacífico, y abordar en Lima para pro- clamar la Independencia, he ahí la con- cepción heroica realizada por San Mar- tín, el gran capitán, que tremolaba las banderas Argentinas y Chilenas.

Bolívar bajaba del Norte con las fuer- zas Colombianas y en los campos de Junín y de Ayacucho se hirió de muerte y para siempre a la conquista.

Que fué de él, pueblo del 25 de Ma- yo, después de los días de epeyale—¡tú que no habías escaseado ni tus recursos ni tu sangre por la Independencia Ame- ricana, vuelves sobre tí mismo tu mira- das, y no encontrando un alimento he- roico que pudiese reemplazar el pan de las batallas, vuelves contra tí mismo los aceros.

Fué el momento de la Independencia.—Las provincias, como fragmentos, de un todo destruido, sin encontrar su fundación organizada, quisieron tam- bién su *Independencia*.—La antigua capital que había sido la cabeza, direc- tora en la guerra, quiso perpetuar la *de- pendencia*, y entonces la *federación* y la *centralización* precipitándose, un minuto de flutillas se estendió sobre todo el territorio, para encubrir la guerra fratricida. Una idea se basaba, una armonía, una luz, un soplo de amor;

